

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO CUADRAGÉSIMO-QUINTO.

N.º 1. *F*ervor de los pueblos en el jubileo de Clemente VI. 2. El Rey Juan sucede á Felipe de Valois. 3. Privilegios concedidos por el Papa á los Reyes de Francia. 4. Prisiones monásticas mitigadas. 5. Prisiones clericales. 6. Prelados no residentes despojados en Inglaterra. 7. Nuncio maltratado en Aragón. 8. Nicolás de Calabria, fanático. 9. Carta del diablo. 10. Máximas de Graciano llevadas á Armenia. 11. Mártires en Siria. 12. Muerte de Clemente VI. 13. Buenas cualidades de este Papa. 14. Juan Birel, cartujo, propuesto para el pontificado. 15. Compromiso de los cardenales en el cónclave. 16. Eleccion de Inocencio VI. 17. Su regularidad y firmeza. 18. Anula este Pontífice el compromiso del cónclave. 19. Es apasionado á sus parientes. 20. El cardenal de Albornoz, legado en Italia. 21. Coronacion del Emperador Carlos IV. 22. El Emperador Juan Cantacuzeno se ve reducido á abrazar la vida monástica. 23. Francisco Catalucio, Principe de Metelin ó Mitilene. 24. Juan Paleólogo pide socorro al Papa. 25. El Beato Pedro Tomás. 26. Juan Rupsbroquio. 27. Declama el arzobispo de Armac contra los privilegios

de las órdenes mendicantes. 28. El infante Pedro de Aragon abraza el instituto de San Francisco. 29. Carlos, conde de Alençon, entra en la religion de predicadores. 30. Dieta de Maguncia. 31. El Emperador reprime el lujo del clero. 32. Se reunen los compañeros ó las compañías blancas. 33. Es recibido en Aviñon su caudillo, llamado el arcipreste. 34. Peste en la ciudad. 35. Muerte de Inocencio VI. 36. Eleccion de Urbano V. 37. El Rey Juan visita al Papa. 38. Bernabo, ó Bernabé Visconti, tirano del Milanesado. 39. Su respeto para con el Beato Pedro Tomás. 40. Toma de Alejandria por el Rey de Chipre. 41. Muerte del Beato Pedro Tomás. 42. Virtudes eminentes del conde Carlos de Blois. 43. Bertrando, ó Beltran de Gueslecin lleva á España las compañías blancas. 44. Exigen estas una contribucion de la corte de Aviñon. 45. Celo de Urbano V por la disciplina. 46. Concilio de Angers. 47. Instruccion del concilio de Lavaur. 48. Concilio de York. 49. Petrarca exhorta al Papa á que vuelva á Roma. 50. El doctor Oreme procura disuadirselo. 51. Urbano V se traslada á Roma. 52. Quejas de los cardenales. 53. Juan Columbano consigue la aprobacion del instituto de los jesuatos. 54. Entrada de Urbano V en Roma. 55. Promocion de ocho cardenales. 56. Profesion de fe que hace en Roma Juan Paleólogo. 57. Estado de la Religion en Valaquia y Moldovia. 58. Mision de Tartaria. 59. Reforma de Monte-Casino. 60. Versiones del salterio. 61. Vuelve á Aviñon Urbano V. 62. Santa Brígida. 63. Sus grandes virtu-

des. 64. Muerte de Urbano V. 65. Sus grandes obras. 66. Gregorio XI. 67. Su celo contra las novedades peligrosas. 68. San Andrés Corsini. 69. Carácter frívolo de Petrarca. 70. Varios hereges y fanáticos. 71. Movimientos sediciosos contra la inquisición. 72. Ladislao el Blanco, Príncipe polaco. 73. Gregorio XI despide de Aviñon á los obispos y á los superiores monacales. 74. Promoción de cardenales. 75. Procura el Rey de Francia impedir el regreso del Papa á Roma. 76. Gregorio XI vuelve á establecer en esta ciudad la silla apostólica. 77. Errores de Wiclef. 78. Muerte de Eduardo III Rey de Inglaterra. 79. Estenuación y muerte de Gregorio XI. 80. Estado de los negocios y de los ánimos en Roma después de la muerte de este Papa. 81. Elección de Urbano VI.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO CUADRAGESIMO-QUINTO.

Desde la estinción del cisma de Alemania en el año 1349, hasta el principio del gran cisma de occidente en el de 1378.

1. Como todavía se contaba el año en Roma desde el día del nacimiento del Señor, principiaron en Navidad de 1349 el jubileo que Clemente VI habia otorgado por única gracia á los romanos que fueron á reclamar la presencia de su Pontífice. No obstante estar ausente el Papa, fue tal vez mayor el concurso de los peregrinos en aquella ocasión que en ninguna otra (1). Tan profundamente estaba grabado en el corazón de los pueblos el respeto de la Silla natural del primado apostólico!

El frío fue escesivo en aquel año, y no sirvieron de obstáculo á su devoción los muchos yelos y nieves, ni las terribles inundaciones que resulta-

(1) *Mat. Villan. lib. 1. cap. 56.*

ron de ellos. Estaban los caminos casi intransitables, pero llenos de día y de noche de hombres y mujeres de todas edades y condiciones. Las posadas y todas las casas que habia en ellos no bastaban á guarecer, no solo á los caballos y equipages, pero ni aun á las personas. Quedábanse fuera y pasaban las noches al rededor de grandes hogueras los viajeros de Alemania y de todas las regiones del septentrion, como mas acostumbrados al frio. Animábanse y se asistían fraternalmente unos á otros todos los peregrinos, de cualquier nacion que fuesen, y no tenian entre sí ningún altercado ni desavenencia. No pudiendo entenderse los posaderos con tanta gente para suministrarles los comestibles y recibir el dinero, tomaban los extranjeros lo que necesitaban y lo pagaban de buena fe, y sucedia muchas veces, que viéndose obligados á marchar, dejaban la paga encima de la mesa, sin que tocase á ella ninguno de los viajeros.

No fue posible contar con exactitud el número de los peregrinos; pero por el cómputo que se hizo hubo continuamente en Roma el día de Navidad, en las siguientes fiestas solemnes y en la cuaresma hasta Pascua, de un millon, á millon y doscientos mil, y pasaban de ochocientos mil en los días de la Ascension y de Pentecostes. Estaban las calles tan llenas desde la mañana hasta la noche, que era imposible atravesar por ellas. A pie ó á caballo no habia mas arbitrio que andar en fila por mas prisa que se tuviese. Disminuyeron despues el con-

curso los calores escesivos y las ocupaciones de la cosecha; pero al fin del año fue tan grande como al principio, habiendo llegado entonces en gran número las personas de alta gerarquía de uno y otro sexo, y muchos particulares de distincion, así de Italia como de otros estados.

Dispensaron en los últimos días del año á los que permanecían aun en Roma de las estaciones que no podían cumplir por falta de tiempo segun las condiciones prescritas. Los Reyes de Castilla, de Aragon, de Portugal, de Chipre, el duque de Austria y otros muchos Príncipes pidieron al Papa facultad para poder ganar el jubileo sin ir á Roma. Respondió el Pontífice, despues de deliberar con los cardenales, que una indulgencia concedida en honor de los Santos Apóstoles no podia darse sino á los que visitasen sus sepulcros. Permitió despues sin embargo al arzobispo de Brindis, internuncio en Sicilia, que la comunicase á treinta personas legítimamente impedidas, pero con la condicion de emplear en obras piadosas, segun la disposicion de la Cabeza de la Iglesia, el dinero que hubieran gastado en ir á Roma. Así principió la estension del jubileo á los varios estados del mundo cristiano.

2. Murió el Rey Felipe de Valois el 22 de Agosto del año 1350, sucediéndole su hijo primogénito Juan, duque de Normandía, que fue consagrado en Rems el domingo 26 del Setiembre siguiente. Corrió poco despues á rendir homenaje al Papa, y éste creó á instancia suya doce cardenales, á sa-



ber, nueve franceses, un español y dos romanos.

3. Permitió el año siguiente al mismo Príncipe y á la Reina Juana su segunda muger, que hiciesen celebrar los divinos oficios para sí y su familia en los lugares en que hubiese entredicho, y que eligiesen un confesor capáz que pudiese absolverlos aun de los casos en que era necesario consultar á la santa Sede ⁽¹⁾. Cinco años antes le habia concedido tambien para satisfacer su devocion, que tocasse las cosas santas, escepto el cuerpo de nuestro Señor: „y cuando el sacerdote (añade) os dé la santa comunión, podrá daros igualmente la sangre preciosa, no obstante cualquier estatuto ó uso en contrario; y esto por toda vuestra vida, aun cuando mudeis de estado despues de vuestra exaltacion al trono ⁽²⁾.” Concedió el mismo favor al duque de Borgoña; pero recomienda á uno y á otro que lo egecuten todo con suma precaucion para que nada se derrame, y con el secreto necesario para que no resulte ningun escándalo ⁽³⁾. La comunión bajo las dos especies, que era de uso comun á principios del siglo doce, estaba casi universalmente limitada en el trece á los sacerdotes de la iglesia latina. Mas no encontramos ninguna ley ó constitucion para esta mudanza, sino que se fue introduciendo de un modo insensible.

4. A principios del año 1351, estando el Rey todavía cerca de Aviñon, ocupado en Villanueva con

(1) *Spicil. tom. 4. pag. 274. -- Du-Tillet. pag. 242.* (2) *Rain. ann. 1344. tom. 62.* (3) *Mabill. Mus. Ital. tom. 2. pag. 61.*

los asuntos del Languedoc, recurrió á él Estévan Aldobrando, arzobispo de Tolosa, quejándose del excesivo rigor de las prisiones monásticas ⁽¹⁾. Los frailes, segun decia este prelado, encerraban para siempre en un calabozo horroroso, que llamaban *Vade in pace*, á los compañeros que cometian ciertos pecados. Reducidos allí estos infelices á no tomar mas alimentos que pan y agua, y privados de toda comunicacion con los religiosos y con los de afuera, se abandonaban casi todos á la desesperacion, y el castigo de su delito venia á ser el sello de su reprobacion. El Rey mandó que en lo sucesivo los abades y demás superiores religiosos fuesen dos veces al mes á consolar á estos hermanos encarcerados, y que otras dos veces al mes fuesen visitados, segun su propia eleccion, por un compañero de conocida virtud. No era escesiva esta indulgencia, y sin embargo los frailes menores y los predicadores no dejaron piedra por mover, hasta el extremo de reclamar la autoridad apostólica para hacer revocar el real decreto. Mas juzgando el Monarca de la enormidad del abuso por la mucha resistencia que se oponia á su reforma, especialmente en unos hombres austeros y sujetos á tratar de relajacion todo lo que no es conforme aun á la austeridad de capricho y de puro hábito, permaneció inflexible en su resolucion, y se empeñó en que obedeciesen ó saliesen del reino. Egecutaron por fin estas órdenes aunque con mucha repugnancia.

(1) *Boll. Capit. tom. 2. pag. 1088.*

5. Si habia razon para quejarse de la justicia monacal, la habia aun mucho mayor para censurar la impunidad eclesiástica (1). Habiéndose quedado en el parlamento Simon Islip, arzobispo de Cantorberi, de algunas providencias del juez secular, diciendo que eran contrarias á la jurisdiccion del sacerdocio, contestáronle que los privilegios de los clérigos solo servian para incitarlos á cometer delitos; que cuando los reclamaba el juez eclesiástico, despues de estar presos y aun convictos, se los entregaban de buena fe, pero que luego que los tenia en su poder, usaba de mil artificios para libertarlos de una justa condenacion. Que mas de una vez se les facilitaba la evasion, ó que á lo menos se les daba tan buen trato en la cárcel, que lejos de servirles de castigo el encierro, era para ellos un lugar de delicias, del cual salian peores que habian entrado. „Muchos (añadia esta respuesta), aunque notoriamente reos de delitos capitales, han sido admitidos con tanta facilidad á la purgacion canónica, que esta prueba ha sido para unos y para otros infinitos un nuevo motivo de cometer mas y mas delitos, y un manantial inagotable de desórdenes para todo el reino.”

En vista de estos cargos, al parecer bien fundados, el arzobispo de Cantorberi y los demás prelados del parlamento espidieron el decreto siguiente: „Los jueces eclesiásticos cuidarán de que se custodie, segun la calidad de los acusados y de las

(1) *Tom. 10. conc. pag. 1928.*

acusaciones, á los clérigos que les sean entregados en virtud del privilegio clerical; pero en todo caso la prision será un lugar de castigo y de humillacion. Si son malhechores públicos, y especialmente si de ponerlos en libertad pueden resultar turbulencias ó escándalos, se les tendrá á pan y agua el miércoles, viernes y sábado; los demás dias se les dará cerveza poco cargada, el domingo añadirán algunas legumbres, sin que por ninguna razon se les pueda entregar otra cosa. Pero aun cuando se presuma que están inocentes, no se les admitirá á la purgacion canónica hasta que se hayan tomado informes exactos y judiciales en el mismo lugar en que se supone haberse cometido el delito.”

6. El Rey Eduardo emprendió otro punto de reforma, no menos importante, pero mas delicado en la egecucion. Habia mucho tiempo que estaba disgustado de ver que los mejores beneficios de su reino eran provistos en dependientes de la corte romana, en cardenales y otros, y que las leyes de residencia se quebrantaban de mil maneras. Sin detenerse pues en quejas inútiles, y caminando derechamente al objeto que se proponia, puso en posesion de estos beneficios á los que estaban sirviéndolos, y dió las órdenes oportunas para que los titulares, sus agentes ó administradores no percibiesen los frutos (1). El Papa hizo uso de toda su autoridad, y mandó, pena de anatéma, que en el tér-

(1) *Rain. ann. 1352. num. 17.*

mino de cuatro meses se devolviese todo lo que habia entrado en poder de los nuevos agraciados, supuesto que los antiguos estaban dispensados de la residencia, ya por los servicios importantes que hacian á la Iglesia, ya por los que se disponian á hacerla, y ya por otros muchos títulos, igualmente vagos, que ponderaba con énfasis. Eduardo, que sin embargo de su intrepidez, gustaba mas de vencer con maña que á viva fuerza, fingió que conocia su falta, prometió obedecer al Papa, y entretanto hizo que el término de cuatro meses se prorogase hasta muy entrado el año siguiente, antes de cuyo tiempo falleció Clemente VI.

7. En Aragon se oponian muchas veces los ministros del Rey á la egecucion de los rescriptos de la santa Sede, impedian á los jueces eclesiásticos que procediesen con arreglo á ellos, y solian usar tambien de las mayores violencias para obligarlos á abandonar estos procedimientos. Habiendo fulminado el nuncio Bernardo de Alagon una sentencia de excomunion contra ciertos seglares que se negaban abiertamente á pagar lo que se les exigía para la cámara apostólica, mandó el Rey que le prendiesen y pusiesen en un calabozo. Los que estaban encargados de custodiarle, le subieron á lo alto de una torre, y teniéndole allí asido de los pies por la parte de afuera, le amenazaban que le habian de precipitar á vista de su padre que estaba abajo. En este estado le obligaron á revocar sus procedimientos. Suceso que basta por sí solo para

formar idea de la grosera ignorancia y de la supersticion popular que en aquel tiempo habia en aquellos paises (*).

(*) No podemos menos de estrañar estas últimas palabras de nuestro historiador Berault, repetidas de nuevo en la página siguiente. ¿Cuándo, por uno ó dos hechos particulares y aislados, se ha podido inferir con razon que la mas grosera ignorancia, supersticion y fatuidad, habian llegado en una nacion al último extremo? ¿Qué hubiera contestado el canónigo de Noyon á quien con iguales fundamentos hubiese dicho otro tanto de su querida Francia? El que tenga la menor idea de aquel tiempo, y mas aun del estado de España durante los reinados de Pedro IV de Aragon y de Pedro de Castilla, no podrá estrañar que se cometiesen algunos atentados y se hallasen algunos hombres fanáticos y necios, que tratasen de engañar á los pueblos con sus ilusiones y fanatismo. Empero seria preciso probar que los pueblos adoptaron tales ilusiones y aprobaron semejantes atentados, para decir que en todos ellos dominaba la ignorancia, la fatuidad y la supersticion. El carácter principal de los españoles de aquel tiempo, así aragoneses como castellanos, era el de la guerra, consecuencia necesaria de las largas y casi no interrumpidas luchas que tenian con los infieles, en las que juntamente se manifestaba su heroismo y su espíritu de todo punto religioso. Sin embargo, no se abandonaban á una grosera ignorancia: y se vé todo lo contrario en la fundacion de la universidad de Huesca, establecida por Pedro IV de Aragon en este mismo tiempo de que habla Berault. Consta tambien lo contrario de lo que afirma este historiador, por el sábio y religioso decreto del mismo Soberano aragonés, dirigido al obispo y clero de esta ciudad de Valencia en 15 de Setiembre de 1349, en el que establece y confirma la inmunidad eclesiástica en lo tocante al pago de contribuciones; y por lo tocante á Castilla, dan testimonio de que no era tal su ignorancia y fatuidad como supone Berault, los concilios celebrados, uno en Alcalá de Henares en 1347, otro en Sevilla en 1352, y otro en Toledo en 1355. Aguirre, tom. 3, pag. 614 et seq.